

Día 3. Corazón fragmentado

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre, fuente de unidad, en cuyo seno tengo mi origen y mi destino último, y que me has dado a Jesús como camino que me conduce a ti; te suplico que, por la acción del Espíritu Santo, unifiques todas mis potencias, deseos y acciones en el Corazón de Cristo, para que pueda consagrarme a Él con un corazón entero e indiviso.

MEDITACIÓN:

Muchas veces nos confunde la sociedad en la que vivimos. No es tan distinta de aquella Babel de la que nos habla el libro del Génesis:

Se dijeron unos a otros: «Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos al fuego». Y emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de argamasa. Después dijeron: «Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance el cielo, para hacernos un nombre, no sea que nos dispersemos por la superficie de la tierra». [...] El Señor los dispersó de allí por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad». (Gn 11, 3 - 4. 8)

Cada vez somos capaces de más cosas, la ciencia y la tecnología avanzan de un modo vertiginoso... Y cada vez nos entendemos menos y estamos más lejos unos de otros, aunque podamos intercambiar comunicaciones de todo tipo en pocos segundos. ¡Es tan distinto al deseo que el Corazón de Cristo expresó al Padre en la Última Cena!: «¡Que todos sean uno, como tú, Padre en mí y yo en ti!»! (cf. Jn 17, 20ss)

Hemos de reconocer que, en el Corazón de Jesús, en su forma de relacionarse con el Padre y con los demás, ¡todo es distinto! En el Corazón de Jesús vive el Espíritu Santo que se derramó en Pentecostés, por eso allí cada uno «los oía hablar de las maravillas de Dios en su propia lengua». (cf. Hch 2, 11)

Mirando a Jesús es fácil comprender que la falta de entendimiento que existe entre los hombres, la que cada uno experimentamos a veces incluso dentro de nosotros mismos, no es un castigo de Dios sino fruto de nuestra ruptura interna. No podemos echarle la culpa a Él de lo que no es más que la consecuencia lógica de no vivir para lo que hemos sido creados, es decir, para el amor. Solo desde ahí, desde ese centro unificador, podemos cada uno descubrir la verdad de lo que somos y, por tanto, relacionarnos.

De esto es de lo que nos habla el Papa Francisco en su encíclica *Dilexit nos*:

El corazón hace posible cualquier vínculo auténtico, porque una relación que no se construya con el corazón es incapaz de superar la fragmentación del individualismo. Sólo se mantendrían en pie dos mónadas que se juntan pero que no se conectan realmente. Anti-corazón es una sociedad cada vez más dominada por el narcisismo y la autorreferencia. Finalmente llegamos a la “pérdida del deseo”, porque el otro desaparece del horizonte y nos encerramos en nuestra mismidad, sin capacidad de relaciones sanas. Por consiguiente, nos volvemos incapaces de acoger a Dios.¹

¿No es esto lo que experimentamos cuando nos encerramos en la búsqueda de nuestros propios intereses, en el afán de la inmediatez, de la eficacia, cuando nos empeñamos en quedar

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n.17

por encima pensando que así llegaremos más alto... En definitiva, cuando nos ponemos a construir una torre para alcanzar la propia felicidad, sin contar con Dios?

Nos sentimos dispersos en pedazos y llenos de inquietud, sin saber muy bien quiénes somos y sin fuerzas para abrazar el Evangelio, aunque sabemos muy bien que solo junto a Cristo es donde encontraremos el sentido de la vida. Experimentamos que la voluntad que defiende el interés personal oscurece el conocimiento, y el conocimiento debilitado no es capaz de fortalecer la voluntad, y nos preguntamos: ¿Dónde está la fuerza que lleva hacia lo alto nuestra voluntad?² Jesús nos lo ha mostrado viviendo treinta años en Nazareth, eligiendo como discípulos no precisamente a los más capaces, «perdiendo el tiempo» enseñando con calma,... y llegando al colmo de la ineficacia y del desprecio muriendo en la cruz.

Esta lengua nueva sólo se puede entender desde el corazón: aquí sentimos renacer el anhelo de tener relaciones auténticas, de comunión, que alimentan el deseo de amar y de ser amados con el que hemos sido creados.

Que la alianza que queremos establecer con el Corazón de Jesús mediante nuestra consagración, nos ayude a renunciar a todas esas mentiras que nos ofrecen falsas seguridades, y que poco a poco rompen nuestra condición de hijos confiados que lo esperan todo de Dios.

PROPÓSITO:

Ayúdame, Jesús, en este día, a unificar todas mis acciones y deseos en tu corazón. Que las cosas que hago no me roben el corazón, sino que todo sea contigo y para ti.

JACULATORIA:

Jesús, que amas con corazón indiviso al Padre y a los hermanos, haz mi corazón semejante al tuyo.